

PARIS SE PREGUNTA: ¿ES UNA REVOLUCION?



Decenas de millares de estudiantes se han manifestado en París. La Sorbona cerró sus puertas. Los estudiantes tienen ya un dirigente propio —un Rudi Dutschke francés— Daniel Cohn-Bendit y actúan de una manera organizada frente a la policía.





HARO TECLEN Y MISERACHS ENVIADOS ESPECIALES

PARIS, lunes: huelga general. El sábado la anunciaban ya los periódicos. Una lluvia fina y fría caía sobre las primeras páginas desplegadas en todas las esquinas. Voz de un obrero en un cruce: «Si hay una represión como la que han hecho contra los estudiantes, será la revolución». Un motorista para el tráfico, va a dejar paso a una larga fila de autocares de las fuerzas de seguridad. Tras las ventanillas enrejadas (para protegerles de las piedras) los rostros pálidos y contraídos de los agentes: en la espalda, como un acento, el cañón del mosquetón corto. Un hombre, luego una mujer, avanzan sus puños hacia esta columna que pasa sin prisa y gritan: «¡Asesinos, verdugos!» Los agentes de policía que hacen guardia en las esquinas —colgando del cinto el casco de

acero— escuchan impávidos. He oído este grito en la avenida de Sevres, en los Campos Elíseos, en el Boulevard Montparnasse. El viernes eran los estudiantes de los liceos —de catorce a diecisiete años— quienes gritaban en la plaza de Denfert-Rochereau —que es, ahora, la plaza de esta incipiente y profunda revolución—: «¡De Gaulle, asesino!». A la salida de un liceo, los profesores acompañaban las manifestaciones de los alumnos. Una señora, a un profesor: «¿Usted cree que es bueno que un profesor acompañe a unos niños que gritan contra el poder?» El profesor no respondió con rapidez. Reflexionó: «No lo sé. La verdad, no lo sé. Pero sí sé que si no lo hiciera, cuando entrase en el aula tendría vergüenza de mí mismo. Y ellos nunca más confiarían en mí». Es curioso. Muchas personas no acaban de saber quién

tiene, quién no tiene razón en esta lucha; pero se ponen junto a los muchachos. Los que he visto insultar a la policía no eran estudiantes, no eran proletarios. Los que arrojaban agua desde las ventanas de las calles del barrio latino, en la trágica noche del viernes al sábado, para proteger a los estudiantes contra los gases lacrimógenos y contra el fuego de los coches incendiados por las granadas no eran estudiantes, ni proletarios, ni comunistas, ni probablemente nada más que pequeños burgueses del barrio.

Ahora, la huelga general ha empezado. Ahora los obreros salen a la calle, el trabajo se para. «Los estudiantes, solos, no pueden modificar la sociedad; no pueden siquiera reformar el sistema de enseñanza superior. Pero pueden servir de espuela, de despertador. Esta semana París ha abierto los ojos y se

ha despertado», escribe «The Economist», en Londres —un periódico de los medios capitalistas—. El miércoles, el partido comunista francés aún condenaba a los estudiantes: aventuristas o troskistas, o enfermos del izquierdismo que ya Lenin definió como una «enfermedad infantil del comunismo»: ahora llama a la huelga general de solidaridad. Demasiado tarde. El error del rígido, ortodoxo, cerrado partido comunista francés no es de los que se reparan fácilmente. El partido comunista y el gobierno del general De Gaulle han sido los dos grandes equivocados de este movimiento. No lo veían venir. Creía el uno que era un manejo de los «heterodoxos» —prochinos, o guevaristas, o como se les quiera llamar—; el otro se creía a sí mismo cuando decía que todo estaba organizado por «elementos venidos del ex- ▶



Los estudiantes llevan micrófonos y altavoces, servicios de información y automóviles particulares que sirven de ambulancias. Unos improvisados puestos de socorro sirvieron para socorrer a los heridos.

terior», o como la última ridícula nota oficiosa tratando de conectar las manifestaciones con las conversaciones del Vietnam, alegando que están producidas «por quienes no tienen interés en que haya paz». Pero, ¿quién no tiene interés en que haya paz en el Vietnam? La torpeza del poder al culpar, al tratar de desviar el tema, es ilimitada. De todas formas, encuentro más honestidad en esta ceguera, en este error del partido comunista y del general De Gaulle que en la carrera que ahora emprenden todas las fuercecillas políticas por ponerse a la cabeza de esta masa viva y actuante con la que, de pronto, se han encontrado en las calles.

Ponerse políticamente a la cabeza de estas muchachas y de estos muchachos que levantaban barricadas en el Boulevard Saint Michel, que sacaban las apisonadoras de una obra y, con los cascos de trabajo de los obreros protegiéndoles, se lanzaban de frente a la policía, no es una tarea fácil. Todo está desbordado. Se oyen ahora gritos de terror: «¡Es la muerte del régimen!» «¡La Universidad ha acabado para siempre!» Se oyen gritos ambiguos. «Tienen razón, pero...». «Los impulsos juveniles, claro, son pasajeros y, sin embargo...». Cada partido hace ahora su comunicado. Tarde, demasiado tarde. No han sabido ver que en la Universidad de Nanterre estaba pasando algo más que un simple motín de estudiantes. No han visto con qué precisión y con qué seguridad maniobran en las calles.

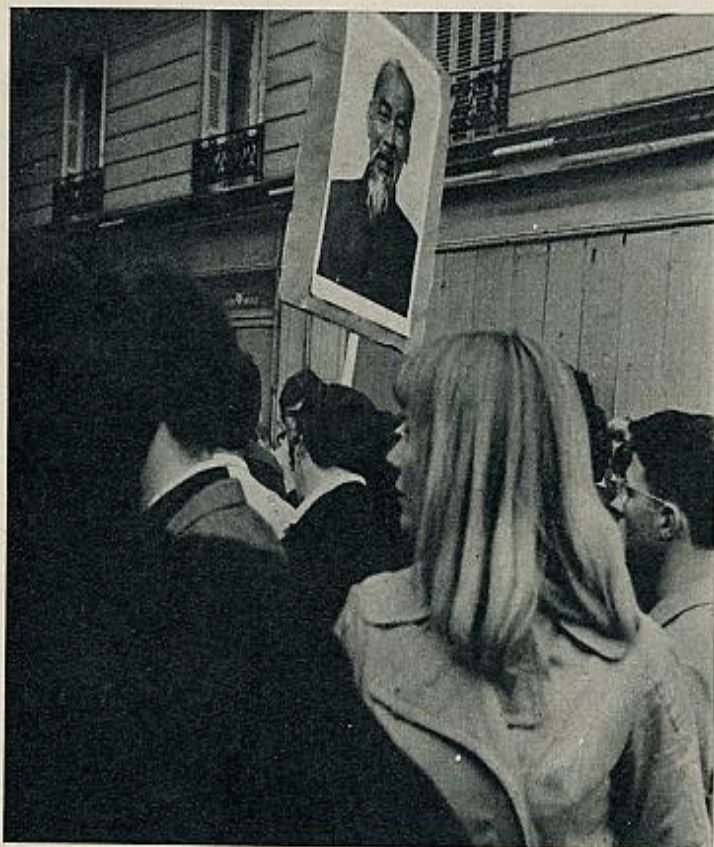
Un muchacho con gabardina cierra el paso al coche en un cruce de la calle Bonaparte. Tiene el gesto preciso y profesional de un agente de la circulación. De la oscuridad de un portal, sale una muchacha: se acerca a la ventanilla y pide informes con corrección y precisión: ¿De qué barrio venimos? ¿Hay muchos guardias? ¿Como cuántos? ¿Hacia dónde se oyen las granadas? ¿Se ven detenidos en el interior de los coches de policía? En ese momento, dos ciclistas se acercan. Dan no sé si instrucciones, consignas o información. Los ciclistas se marchan, el estudiante-agente abre el paso al coche. De los portales, de las esquinas, surgen grupos: en un momento es una manifestación en el Boulevard Raspail. Surge una bandera roja. Un servicio de orden la encuadra. En los bolsos de las chicas hay piedras. Las hay, también, en algunos coches estratégicamente estacionados. Otros se han convertido en ambulancias: me dicen que hay puestos de socorro, jóvenes médicos preparados para atender a los heridos. Bajo las gabardinas hay porras, barras de hierro. De pronto, llegan los policías. Cargan como samurais, con gritos guturales, en filas cerradas, con escudos de mimbre para protegerse de la lluvia de piedras. La manifestación se disuelve, los grupos desaparecen. Un momento después, reaparecerá en otro lugar... Se trata de llegar a la Universidad, a la Sorbona. Es allí donde se produce el encuentro. ¿Una revolución? ¿Un despertar? ¿Una insensatez? No es un problema de juicio, sino de realidad: es una cosa que se está produciendo. «Le Monde» busca analogías entre éste y los otros movimientos estudiantiles que se desarrollan en el mundo: «Una juventud decepcionada e irritada, que cada vez se escapa más de sus cuadros naturales, rechaza sistemas que considera escleróticos, sean estos sistemas del orden socialista o del capitalista, como tampoco cree en las antiguas fronteras entre naciones y descubre una solidaridad nueva».

**PARIS SE PREGUNTA:
¿ES UNA REVOLUCION?**





A veces coexisten las barreras de los policías y de los estudiantes. Algunos llevan pancartas con retratos de Ho-Chi-Minh, al estilo de sus compañeros berlineses.



¿Cuántas veces los sociólogos han anunciado el advenimiento de esta juventud? Los políticos siempre llevan años de retraso con respecto a los intelectuales. Siempre están sorprendidos de lo que todo el mundo ha visto ya venir. Se ha creído que la juventud se contentaría con la minifalda y la melena masculina, que se iba a desviar por el camino de la droga, que todo era una cuestión de libertad sexual. Se han creído que los síntomas eran la enfermedad. No lo ha visto Novotny en Praga, no lo han visto —o empiezan ahora a verlo— Kossiguín y Brejnev. En los Estados Unidos lo han visto también con sangre y lágrimas: quizá sea ésa una de las razones por las que Averell Harriman esté aquí negociando con Xuan Thuy. No lo han visto aquí ni aun los periódicos —izquierda o derecha, comunistas o gubernamentales— que, con paciencia de entomólogos, se han empeñado en una estéril clasificación entre «prochinos», «prochecos», ortodoxos, guevaristas, activistas, germanizados (por Rudi Dutschke). Cuando se han encontrado con que el movimiento tomaba dimensiones, se han asombrado. Los poderes han reaccionado enviando a los guardias. El ciclo estaba ya en marcha. Cuando han intentado negociar, lo han hecho tarde, con vacilación, mal. Se han dividido los poderes en Francia. Mientras el rector de la Universidad intentaba el diálogo, en nombre del Gobierno, con una comisión de estudiantes, el prefecto de policía lanzaba un men-

saje: «Tengo la impresión de que me encuentro ante una verdadera subversión organizada». Ciertamente, hay una subversión. Subvertir es, simplemente, cambiar el orden de los valores establecidos. En cuanto a la organización, se ha hecho a sí misma. Se ha ido montando lentamente, desde los primeros incidentes en las Universidades de provincias hasta esta noche trágica del viernes al sábado, desde esa misma noche a esta huelga general de ahora en la que por primera vez se abandona el problema de «lucha de clases», se cesa de decir que los estudiantes son unos «privilegiados».

Dicen que De Gaulle está sereno y tranquilo. Pompidou, de vuelta de un extraño viaje al Afganistán, le visita continuamente y le informa. Dicen que De Gaulle le tranquiliza. Recuerdo un cuento, no sé si de O'Henry o de Mark Twain: un conato de incendio estalla en un teatro, y el primer actor se dirige al público que comienza a enloquecer: «Calma, calma: si todo el mundo se precipita, habrá unas víctimas que seguramente este pequeño incendio no puede producir. Que nadie se mueva de sus sitios hasta que los bomberos apaguen el incendio». El público aceptó esta sana conjuración al inmovilismo. Y todos pecieron abrasados.

Paris ha apagado incendios mayores. Los he visto más graves en esta ciudad: en el año del ataque a Egipto, en los años de la guerra de Argelia, en las huelgas contra el



**PARIS SE PREGUNTA:
¿ES UNA REVOLUCIÓN?**

La policía de París empleó gases lacrimógenos contra los manifestantes. Abajo, un grupo de ellos lleva todavía los pañuelos protectores usados en la batalla.



gobierno Laniel... ¿Cómo los apagó? Francia se retiró de Egipto, abandonó Argelia, Laniel abandonó —para siempre— el poder. Es más difícil encontrar una salida a los problemas de ahora. Se pide una reforma de la Universidad; pero la Universidad está integrada en el cuerpo de la sociedad. No se puede reformar tan fácilmente. Habría que reformar la sociedad, como se intenta en Checoslovaquia. Las clases establecidas —y los estudiantes acusan también al partido comunista francés de formar parte de las «clases establecidas»— dicen: «Ya reformaréis la sociedad cuando lleguéis a formar parte de su dirección. Ahora estáis preparándoos para formar parte de ella». Los rebeldes contestan: «Nunca estaremos preparados: nos estáis enseñando vuestra propia decadencia, vuestra propia corrupción. Si no tenemos otra enseñanza, construiremos una sociedad como la que a vosotros se os está pudriendo entre las manos». El diálogo es imposible. La toma de posición de los obreros, desbordando a los cuadros de sus partidos y de sus sindicatos, le da de pronto un carácter más rudo aún. Un dirigente obrero: «En el fondo, los estudiantes luchan porque nuestros hijos puedan estudiar como estudian ellos». Otro responde: «No es cierto. Defienden sus intereses de clase, que no es la nuestra. Coincidimos ahora, pero no volveremos a coincidir nunca más...».

E. H. T.